

# YO SOY TU PADRE



RICARDO MORÁN

**YO SOY  
TU PADRE**

**RICARDO MORÁN**

**YO SOY  
TU PADRE**

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

**Yo soy tu padre**

© 2019, Ricardo Morán

Edición: Bruno Polack

Diseño de portada: Departamento de diseño  
de Editorial Planeta Perú

Diseño de interiores: Giancarlo Salinas

Fotografía de portada: Mariana Morán

Corrección de estilo: Elizabeht Bautista

© 2019, Editorial Planeta Perú S. A.

Av. Juan de Aliaga 425, of. 704, Magdalena del Mar.

Lima, Perú

**[www.planetadelibros.com.pe](http://www.planetadelibros.com.pe)**

Primera edición: mayo 2019

Tiraje: 2000 ejemplares

ISBN: 978-612-319-446-8

Registro de Proyecto Editorial: 31501201900604

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del  
Perú N.º 2019-07126

Impreso en Industria Gráfica Cimagraf

Santa Rosa 220, Ate Vitarte, Lima 3, Perú

**Lima, Perú, julio 2019**

# Índice

<b>Advertencia</b>	7
<b>1. Mis padres y la bicicleta 1979</b> (o cómo siempre supe que sería padre)	11
<b>2. Todo lo previo al nacimiento de Tadeo, 1999-2004</b> (o cómo algunas personas son como brújulas)	23
<b>3. El nacimiento de Tadeo, noviembre 2005</b> (o cómo soy el peor a las 4 a. m.)	33
<b>4. Doce años después: <i>Una Navidad en verano</i> en Buenos Aires, setiembre 2017</b> (o cómo la vida está llena de coincidencias)	47
<b>5. El proceso, noviembre 2017</b> (o cómo se hacen los bebés)	57
<b>6. El chico checo, diciembre 2017</b> (o cómo muere el amor en Ft. Lauderdale)	71
<b>7. Los Ángeles, enero 2018</b> (o cómo descubrí que casi no podía ser papá)	83
<b>8. La donante equivocada, febrero 2018</b> (o cómo lo importante no es necesariamente lo más importante)	101
<b>9. La gestante subrogada, junio 2018</b> (o por qué mis hijos no se llaman Luke y Leia)	109
<b>10. La orquesta de salsa, agosto 2018</b> (o cómo tener quince hijos)	119
<b>11. La prueba, setiembre 2018</b> (o por qué no se veían bien los pies de los bailarines en televisión)	129
<b>12. Los sustos de la sangre en el viaje a Madrid, octubre 2018</b> (o 10 horas de tensión aérea)	133

<b>13. La guerra nuclear de los aretes, noviembre 2018</b> (o cómo Lima es un campo minado cuando tienes amigos y posturas)	143
<b>14. Tres obras de teatro en Nueva York, diciembre 2018</b> (o cómo todo me recordaba a ustedes, hijos)	155
<b>15. Tadeo en Los Ángeles, enero 2019</b> (o el retorno de la brújula)	167
<b>16. La visita a Megan, febrero 2019</b> (o lo bien que se siente salir del clóset... de la paternidad)	183
<b>17. El #TwinsTeam, abril 2019</b> (o nuestras aventuras en Texas)	203
<b>Epílogo, junio 2019</b> Catalina y Emiliano y la bicicleta y el reloj	243

# Advertencia

Este libro describe un proceso en el cual óvulos entregados por una donante anónima fueron fertilizados con mi espermia, *in vitro*, en un laboratorio, para crear embriones que, luego de ser congelados y determinados su salud y su sexo, fueron implantados en un vientre subrogado para, una vez nacidos los bebés, ser entregados a su padre, soltero y abiertamente homosexual.

Todo ocurrió dentro de un marco absolutamente legal y completamente seguro, con asesoría psicológica y supervisada por una agencia especializada: Growing Generations, que tiene más de veinte años realizando este tipo de tratamientos. Todos fueron compensados económicamente por sus servicios.

Si usted, por razones éticas, morales o religiosas, está en contra de algo de lo descrito anteriormente, este libro... está escrito precisamente para usted.

Para que, conociendo más, pueda aceptar más.

Todo empieza en el amor.

Este libro está dedicado, en primer lugar, a mi madre, a mi hermana Mariana, a mi asistente y amiga Zabrina y a Lili, quien desde hace quince años trabaja en mi casa cuidando de mí, de Chewbacca y, ahora, de mis hijos.

Ellas cuatro forman el #TwinsTeam. El equipo que, de manera absolutamente desinteresada, me acompañó durante dos meses, dejando atrás su país, su trabajo, familia y amigos, para ayudarme a criar a Catalina y a Emiliano (y soportarme, quererme y cuidar de mí en ese tiempo tan difícil y maravilloso) en Texas, Estados Unidos.

Está dedicado también a Ana Roca Rey y Susana Umbert, quienes hicieron magia para que yo pudiera cumplir mis sueños.

Nuevamente a mi madre y a mi padre. Solo la distancia y la propia paternidad te enseñan a apreciar y entender los sacrificios que hicieron por uno.

Solo desearía que mi padre aún estuviera entre nosotros. Era un abuelo maravilloso y sé que estaría feliz de poder abrazar a Catalina y a Emiliano.

Finalmente, a Catalina y a Emiliano; ojalá sepan perdonar los errores que sé que cometeré, y cuando no esté, me recuerden con cariño por el amor infinito que les tuve y que me hizo emprender esta aventura.

## Mis padres y la bicicleta 1979 (o cómo siempre supe que sería padre)

Quizá no sea el primer recuerdo de mi vida, pero sí estoy seguro de que es uno de los más hermosos. Tendría algo más de cinco años y un sábado de verano mi papá me enseñó a montar bicicleta.

En esa época nos acabábamos de mudar a San Ignacio de Monterrico, un barrio nuevo que se estaba construyendo en lo que, en ese momento, eran las afueras de Lima. Más allá incluso de la carretera Panamericana, detrás de la Universidad Ricardo Palma. Para llegar, había que pasar las lejanas fronteras del óvalo Higuiereta y de la avenida República de Panamá. Era un momento en que, poco a poco, todas esas zonas dejaban de ser campestres para empezar a urbanizarse. El Rancho no se llamaba el Rancho por las puras. Yo tenía cinco años, era el año 1979 y Lima comenzaba una transformación sin retorno.

Unos años atrás habíamos dejado el pequeño departamento mirafflorino alquilado, con mi hermano Arturo recién nacido, rumbo a esta casa que nuestros padres habían comprado, endeudándose por más de veinte años (en soles, lo que afortunadamente permitió que, durante la crisis de Alan, pudieran pagar, gracias a la devaluación y una gratificación en dólares, todo el saldo del crédito de un solo golpe). Los anuncios prometían que sería la nueva zona del desarrollo de Lima, tan bonita como lo que iban a ser las urbanizaciones de Valle Hermoso y Casuarinas, solo que

San Ignacio no tuvo tanta suerte. En vez de aumentar su valor con el tiempo, lo fue perdiendo debido a las invasiones de terrenos de la siguiente década. Pero ese momento, sin embargo, era un tiempo de ilusión y oportunidades. Las casas eran nuevas con un jardincito adelante. Todavía nadie tenía rejas en sus ventanas, ninguna casa tenía muro ni un garaje para proteger los autos. Era una especie de intento peruano por construir un barrio gringo.

Los días habitualmente soleados eran interrumpidos (y alegres), ocasionalmente, por la circulación de ganado que pasaba por nuestra calle, perteneciente a chacras cercanas que aún se resistían al proceso del crecimiento urbano. De vez en cuando aparecían, doblando la esquina, algunos caballos que recorrían nuestro jardincito a paso lento, otras veces nos traían leche fresca de las vacas que pastaban en lo que, eventualmente, sería el parque de la urbanización, que para ese entonces solo era un montón de tierra y pasto silvestre.

Ahí nos mudamos a finales de los años 70 y eran días muy felices. Todavía conservo algunas fotos que reflejan eso; por ejemplo, una de mi hermano, mi mamá y yo sentados en la puerta de la casa con unos títeres; yo tenía el títere de la rana René, que era el personaje que más me gustaba de *Los Muppets* porque era el presentador. Mi hermano tenía el títere del oso Figueredo, el que contaba los chistes. Todos mis recuerdos de esa etapa de mi infancia, de todos esos años en los cuales el ambiente bucólico, casi idílico de esa urbanización, se mantuvo, son muy felices.

Jugábamos mucho en la calle, mata-gente, siete pecados, bata (que era un juego que particularmente dominó un verano entero); pero, además, tengo un claro recuerdo de mi primera bicicleta.

Pero primero quiero hacer un aparte (a lo largo del libro verán que me voy muchas veces por las ramas, pido disculpas por eso). Antes de la bicicleta, primero tuve un “chachicar” de color rojo, que mi papá me había regalado. Recuerdo ver a mi papá desde la ventana del edificio de Miraflores cruzar la calle cargando el pequeño automóvil. Luego lo vi entrar por la puerta

del departamento y recuerdo la alegría increíble que sentí cuando supe que era para mí. No sé si, en la actualidad, se les sigue dando a los niños este tipo de vehículos que, en ese momento, eran maravillosos, pero que hoy en día parecen casi un arma mortal. Era un vehículo muy pesado, hecho enteramente de lata, con ángulos filosos por todos lados que podrían fácilmente decapitar a un niño, además de tener cuatro grandes y duras ruedas de plástico, un timón de dudosa confiabilidad y pedales que rara vez frenaban cuando debían. Lo recuerdo bien, y recuerdo que me sentaba en el “chachicar” y pedaleaba y salía a pasear por el área común que había en el cuarto piso del edificio de Miraflores.

Volviendo al tema, cuando nos mudamos a San Ignacio, el auto rojo no solo seguía siendo mi vehículo preferido, sino que incluso salía frecuentemente a la calle con él. Hasta que llegó el día en que mi hermano Arturo empezó también a querer usarlo, desatando una especie de rivalidad fraterna que no es inusual entre hermanos, pero que a mí, a esa corta edad, me hizo sufrir muchísimo. Recuerdo que le pedí con todas mis fuerzas al árbol de Navidad (así de poco católico era mi entendimiento del rito navideño) que le trajera un “chachicar” también a mi hermano para que dejara de usar el mío. Y lo que apareció bajo el árbol, días después, en la mañana de Navidad, fue efectivamente un “chachicar” para mi hermano. Pero eso no era todo, también había una bicicleta para mí. Era una bicicleta negra muy linda, que mi papá había traído del extranjero. Entenderán que eso en época posgobierno militar era un objeto mítico e inalcanzable.

Aún recuerdo, claramente, la tarde de verano en que mi padre y yo salimos a la vereda que estaba delante de la casa, en la que él me enseñó a montar bicicleta. Él sostenía el timón con una mano, y con la otra, la parte de abajo del asiento, y yo empezaba a pedalear mientras él corría a mi costado hasta que me soltaba. La mañana de ese día mi padre ya le había quitado las rueditas que tenía cuando me la regalaron en Navidad.

Yo avanzaba un poco, trastabillaba, bajaba el pie o me caía, y retrocedíamos y volvíamos a empezar. Lo hacíamos una y otra y otra vez. Me acuerdo mucho de esa tarde, no como si la viviera yo, sino como si la estuviera viendo desde la vereda del frente. Lo cual es una buena pista de que, probablemente, he regresado tanto y tanto a ese día tan feliz para mí que, seguramente, hay cosas que estoy recreando y haciendo más felices y perfectas en mi cabeza. Finalmente, toda memoria es una recreación.

No es el único recuerdo que atesoro de mi niñez. Yo tuve una infancia muy feliz. Mi mamá y mi papá eran muy jóvenes cuando yo nací: mi papá tenía 25, y mi mamá, 23, por lo que no les era muy difícil involucrarse en nuestras actividades físicas; de hecho, el momento estelar de un fin de semana era cuando ellos salían de la casa a jugar mata-gente conmigo, mi hermano y los amigos de la cuadra, porque al ser ellos más grandes, podían tirar la pelota muy fuerte y realmente hacernos correr por miedo a que nos cayera un pelotazo que nos iba a dejar una pierna o un hombro enrojecido por un par de días.

Recuerdo claramente las instrucciones precisas de mi mamá acerca de cuándo debíamos volver a la casa. Todavía viene a mí su voz en esos días: “Pueden jugar en la calle, pero cuando se prendan las luces de los postes dejan lo que están haciendo y tienen que volver”. Éramos muy obedientes en eso, o al menos así lo creo. Probablemente, mi mamá esté leyendo esto en este momento y mueva su cabeza en señal de desaprobación al recordar que más de una vez tuvo que salir a buscarnos.

Pero esas no eran las únicas aventuras en la cuales nuestros padres nos acompañaban, tanto así que yo a veces sentía que tenía hermanos mayores en vez de papás. Por ejemplo, cuando los vecinos de enfrente decidieron construir un carropatín (para que entiendan los *millennials* de ahora, era básicamente una tabla con un timón, cuatro rodajes que servían de ruedas y una pita que te permitía dirigir el vehículo), y empezaron a utilizarlo en nuestra cuadra para envidia de todos los niños, mi

papá miró por la ventana y dijo: “Nosotros también vamos a hacer nuestro carropatín”.

Cuando mi papá decía: “Nosotros vamos a hacer algo”; en realidad, era básicamente que él iba a hacer algo y nosotros íbamos a mirar.

Nos encerramos en su taller y mi papá cortó dos grandes pedazos de madera y construyó un carropatín que estaba tan bonito que parecía hecho en una fábrica. Pero lo más emocionante de todo fue que me dejó pintarlo, y yo, por supuesto, lo pinté del hombre araña, con la telaraña incluida, pero como no había pintura roja y azul, lo pinté de blanco y la telaraña la hice de negro. Esperamos unas horas hasta que secó y salimos a correr con el carropatín por todo el barrio, y así empezó el verano de las carreras de carropatines. Los vecinos del frente competían contra los vecinos de nuestro lado y nos turnábamos para sentarnos en el carropatín, y los demás empujábamos y corríamos a todo lo largo de la cuadra y veíamos quién llegaba primero hasta el otro lado. Eran días de felicidad irrepetibles.

Pero el carropatín no era lo único que sabía hacer mi papá, él fabricaba absolutamente todo en la casa. Le encantaba hacer incluso las cosas más difíciles, y para eso tenía toda una gran cantidad de herramientas y era un placer acompañarlo. Con mi papá construimos la mesa del jardín, con mi papá construimos la mesa de trabajo para que pudiera seguir haciendo reparaciones, mi papá armaba y desarmaba los autos, los reparaba, los afinaba y me permitía acompañarlo, tratando de enseñarme cómo funcionaba una bujía, cómo cambiar los fusibles, y todo el tiempo repetía cosas y frases que aún resuenan muchísimo en mis oídos: “Para cada trabajo hay una herramienta correcta”, “a palabras eléctricas, oídos desenchufados”, “una brújula es una viéjula montada en una escóbula”.

Pero mi mamá no se quedaba atrás, ella era algo así como la embajadora de mi padre, puesto que mi papá no era la persona más comunicativa del mundo, entonces era ella la que